

El crucero "EMDEN"



LOUIS RALP 25 cl
WERNER FUTTERER

BIBLIOTECA FILMS

REVISTA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR PROPRIETARIO EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDADERO ♦ "A L A S"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Telégrafo 70557 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS:
Sede. Círc. Español de Librería - Barbañá, 16 y 1b - Barcelona

AÑO XI

APARECE LOS MARTES

NÚM. 887

SUMARIO

Biografía de

GARY COOPER

Narración de la película

EL CRUCERO EMDEN

por Manuel Nieto Galian

Noticiario cinematográfico

EXCLUSIVAS
FEBRER Y BLAY

Rambla Cataluña, 115 Barcelona

KREUZER EMDEN
1932

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

36 páginas de texto • Ilustraciones en papel
couché • Portada a todo color • 50 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathie de Nagy.
EL PRINCEPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Charles Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bonaroff.
TENTACION	Joel Mac Cron.
ESTUPESCIENTES	Jean Murat.
EL RECHIZO DE HUNGRÍA	Gustav Froelich.
EL MALVADO KAROFF	Ray Wray.
EL URAY DOMADOR	Ante Page.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Floralla.
VERONICA (La Florista)	Irishelline Emmrell.
VERONICA (La Florista)	Franceska Gail.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPERKA (Granito de sal)	Franceska Gail.
ESPIAS EN ACCION	Dietrich Helm.
VIAGE DE INA	William Powell.
LOS NIBELUNGS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Kiepert.
EL DIAMANTE ORLOW	Jean Kiepert.
EL KARWITSCH	Martha Eggerth.
SAGEARIO	Hamón Pereda.
QUICK MI CLOWN	Lillian Guever.
ARROPUERTO CENTRAL	Richard Barthelmus.
DOBLE SACRIFICIO	John Barrymore.
CASADOS Y FELICES	Henry Garst.
EL PEQUEÑO GIANTH	Edward G. Robinson.
TARASOVA	Erasmus J. Chavaler.
HUMOR AL CANADA	Albert Prejahn.
QUE SEMANA	Adolphe Menjou.
ESCAMALLO SHOMANOS	Kidie Cantor.
SATANAS	Boris Karloff.
EL MODO DE AMAR	Maurice Chevalier.
ILUSIONES DE GRAN DAMA	Katie de Nagy.
UN CRIMEN EN LA NOCHE	Madelaine Soria.
MASCARADA	Paula Verzeby.
EL ARABAL	Wallace Berry.
ORFEBRE DE PRIMAVERA	Franceska Gail.
EL TREN DE LAS 8.47	Agnavyn-Alody.
MIA SIMAS	Mae Clarke.
MARIA LUISA DE AUSTRIA	Paula Wessely.
PELIROJO	Robert Lyden.
PATRICIO MIRA A UNA ESTRELLA	Antonio Vico.
GUILHERMO TELI	Conrad Veidt.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS". Apartado 707. BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitas cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biografía de Gary Cooper

Gary Cooper, con su fama de vaquero endomingado, su proverbial habilidad para el dibujo y sin más equipaje que unos cincuenta dólares llegó un buen día a Hollywood tras una mujer.

Otros tiempos aquellos. La mujer trabajaba en unos "estudios" cinematográficos, y Gary, merced a una autorización especial, que hoy no hubiera logrado conseguir, entraba libremente en ellos para recogerla al final del trabajo diario. Una tarde, Cooper penetró en los "estudios" con un gesto de malhumor, que quizá hubiera suplido ventajosamente a la autorización especial; un pantalón a una puerca y Gary irrumpe en la estancia donde suponía encontrar a su amada. Pero Gary se había equivocado de piso y donde irrumpe no nada menos que en la sala donde el Consejo de Administración se hallaba reunido. El intruso hizo, como toda disculpa, una mueca de contrariedad y desdén. Una mueca admirable, eso sí.

— ¡Repita usted ese gesto! — le ordenó entonces alguien con ese imperativo que usan los fotógrafos para exigir el "¡Quíetos un momento!"

Y Gary, que creyó ver en la orden una provocación, repitió el gesto, no una, sino dos veces, dispuesto a introducir entre gesto y gesto, si llegaba el caso, alguna bofetada.

— ¡Estupendo! Vuelva usted mañana a las ocho en punto y le daremos un contrato.

Gary volvió. El Oeste de las películas había encontrado en él un nuevo héroe.

El crucero Emden

PRIMERA PARTE

En todo el mundo se temía una ruptura de relaciones entre diferentes naciones europeas; pero, por lo mismo que se temía, parecía imposible que el sangriento conflicto pudiera ocurrir. Se habían hecho tantos preparativos por parte de algunas naciones, que esto mismo era lo que hacía prever que unas a otras, temiendo se respetarían. Mas la tensión de nervios existía en todas partes y en todas partes también no se hablaba de otra cosa que de la guerra, aunque nadie sabía a punto fijo lo que ésta podría ser, ni cuando podría declararse.

El día 29 de julio de 1914, fecha que jamás podrá borrarse de la mente de los humanos, en las oficinas de la Compañía Alemana de Electricidad de Asia Oriental, en Tsingtau, se trabajaba normalmente, sin que nadie pudiera sospechar el cataclismo que se avecinaba.

De pronto, sonaron todos los timbres, y algunos empleados, exclamaron en tono de broma:

—¿Qué sucede para que llame el director de esta forma... ¿Acaso van a dar permisos?

—¿Permisos?—exclamó otro empleado— Tal vez sean permisos... para trabajar...

Poco a poco fueron entrando los diferentes empleados al despacho del director y cuando estuvieron reunidos todos los de nacionalidad alemana, les dijo aquél:

—Señores, los he llamado, porque tengo que comunicarles algo muy importante.

Calló unos segundos y siguió después diciéndoles:

—La casa central me telegrafía de que la amenaza de la guerra se acentúa y Alemania se verá obligada a movilizar sus tropas.

Un "Viva!" unánime resonó en el despacho, y el director, hombre más comprensivo y sin la vehemencia propia de la juventud, les calló diciéndoles:

—El gritar ¡hurra! es fácil, pero la guerra es algo más difícil. Estén pues preparados para incorporarse a sus regimientos.

—¿Se movilizará la marina?—preguntó uno de los empleados.

—Naturalmente—respondió el director— ¿Qué empleo tiene usted en la marina?

—Soy cabo de cañón—respondió el aludido.

—¡Ah!—le dijo el director— pues entonces, ya puede irse preparando.

Una de las empleadas que se hallaban presentes, al oír decir aquello al director, no

pudo contener las lágrimas y se echó en brazos del futuro cabo de cañón, mientras que el director trataba de consolarla, diciéndole:

—¡No se aflija!... La cosa no es tan grave.

Pero ella, abrazada a su prometido, que era el que debía ejercer el cargo de cabo de cañón, le dijo, como si la marcha de él dependiera de su voluntad.

—¡No!... ¡Tu no irás a la guerra!

Su prometido intentó también consolarla y para ello le dijo cariñosamente:

—No temas... Antes de partir, nos casaremos... Haremos una boda rápida, y la celebraremos entre todos.

Aunque no muy conforme con la solución que le daba su novio, la pobre muchacha, pareció conformarse algo, pensando que todavía la guerra no se había declarado y que todo podían ser temores infundados.

Mas aquellos temores se confirmaron pocas horas después. La declaración de guerra se extendió por todo el mundo, como una noticia que fuese pólvora y la oficialidad de los buques surtos en Tsingtau recibieron la orden de zarpar inmediatamente.

El jefe de la escuadra anclada en aquel puerto recibió la noticia por radio y llamó a su ayudante, ordenándole:

—Diga usted a las señoras oficiales que se reúnan en la cantina, tengo que comunicarles algo muy importante.

Y en efecto, media hora después, en la can-

tina, cuando estaba toda la oficialidad reunida, el comandante en jefe de los buques, les dijo:

—Señores, se ordena la movilización de la marina y del ejército. Alemania ha declarado la guerra a Rusia y a Francia... Espero que todos sabremos cumplir con nuestro deber.

Un "¡hurra!" general acogió las últimas palabras del comandante y en los rostros de toda la oficialidad se adivinaba el firme propósito de morir por la patria.

Al mismo tiempo que se celebraba esta reunión, se celebraba también la boda de los dos empleados de la compañía de electricidad, y en un departamento junto al salón donde se hallaban celebrando la boda, dos marineros bebían más de la cuenta, como si recuperasen todo el tiempo perdido en el barco.

Uno de ellos, después de haber bebido dos botellas le preguntó a su compañero:

—¿Bebemos otra botella?

—No quiero más — respondió su compañero, rehusando la insistencia del otro, que volvió a decirle.

—Te advierto que vino del Rhin como este, no lo catarás en mucho tiempo. Una chica y una copa del Rhin es la mayor felicidad.

Daba tales gritos que su compañero, temiendo algún oficial, llamó la atención del otro marino y le dijo:

—¡No grites tanto!

—¿Por qué no, — preguntó extrañado el

otro —. Soy un hombre valiente y grito lo que me da la gana.

— Voy a pedir otra botella — insistió — y, si no me ayudas, me la beberé yo solo.

Llamó al mozo y le ordenó:

— Tréeme otra botella, pero corriendo.

Siguió bebiendo, embriagándose cada vez más, mientras que en el salón donde se celebraba la boda, el director de la compañía brindaba por los recién casados y decía:

— Espero que llegue pronto una paz duradera, lo mismo que deseo a la joven pareja una larga vida de felicidad y ventura.

El marinero que estaba bebiendo en la sala de al lado, al oír hablar al director, se levantó exclamando:

— Oye..., aquí hay alemanes... Vamos a entrar.

Y antes de que su compañero pudiera impedirle, abrió la puerta y se metió dentro del otro departamento, cuando mayor era el regocijo de todos.

Apenas vió a la muchacha que acababa de casarse, la cogió en sus brazos y, al ver que ella se resistía, la preguntó extrañado:

— ¡Greta!... ¿Pero es posible que seas tú?... ¿De verdad no sueñas?

Y al ver que la muchacha lo miraba medio asustada y huyéndole continuamente, exclamó sin darse cuenta de lo que decía, por efectos del alcohol:



¡Greta!... ¿Pero es posible que seas tú?...

— ¿Por qué te haces la importante ahora?... Antes no eras así...

El novio intervino en favor de la mujer con quien acababa de casarse y le dijo:

— ¿Con qué derecho le hablaba usted a esta mujer?

— ¿Que por qué le hablo así? — preguntó el marinero —. Pues porque es mi novia. Nos prometimos en Colonia y, cuando termine el servicio, nos casaremos.

El marido intentó abalanzarse sobre el ma-

tinero, pero todas se interpusieron entre ellos y aquél terminó diciéndole:

—Por ahora, pelemos contra Francia y Rusia... Luego ya hablaremos los dos.

Y entre los dos hombres quedó establecido un duelo a muerte impulsados por los mutuos celos, para cuando terminase la guerra.

Días después, en los buques de guerra anclados en el puerto, fueron entrando los reservistas y los marineros que se hallaban a bordo se reían de ellos, diciéndoles entre bromas y chirigotas:

—¿Os dió mamá la merienda para el viaje?... ¿Hubéis dejado sustituto a vuestras novias?...

El novio de Grete entró a prestar servicio en el mismo buque que lo prestaba su rival, mandado por el comandante Hemden y se dió la orden de partir aquel mismo día a las seis de la tarde. Antes de zarpar, el comandante del buque reunió a todos los oficiales y soldados que se hallaban a sus órdenes y les dijo:

—Espero de todos vosotros que cada uno cumpla con su obligación hasta morir. Procuraremos ser dignos de nuestra patria... Confío en vosotros... ¡Hurra!

Los marineros repitieron los tres hurras de rigor y el comandante dió la orden de elevar anclas para unirse al resto de la escuadra que maniobraba ya para salir del puerto.

Cuando toda la escuadra se halló en alta

mar, desde el buque almirante se dió la señal de "despeguen" y el novio de Grete preguntó a uno de los marineros:

—¿Qué quieren decir aquellas señales?

—Pues que "despeguemos" — respondió el otro.

—¿Que "despeguemos"?... ¿Y eso qué quiere decir? — preguntó el cabo de cañón.

—Pues quiere decir, separarse y hacer cada uno la guerra por cuenta propia. Es decir, que "Speed" no nos necesita y que no podemos marchar.

—¿Entonces volvemos a nuestras casas? — preguntó uno de los reservistas que había sido llamado.

El marinero lo miró furiosamente y le dijo:

—¿A casa?... No digas sandaces... Ya verás la vuelta que vamos a tener...

Al cabo de algunos días, sin nada de particular y llevando tras el Hemden al "Markomana", el comandante del buque reunió a la oficialidad y, extendiendo ante ellos el mapa de las islas Sunda, les dijo:

—Para poder llegar a ellas tenemos que atravesar el Océano Indico, cosa casi imposible... Yo creo que lo mejor es navegar por el Canal de Mohecas.

Aceptaron todos la proposición del comandante Hemden y éste dió orden para que se hiciera las señales al "Markonia" respecto al



- Antes no eras así.

rumbo que habían de tomar, con objeto de aprovisionarse de carbón.

La vida a bordo, como todavía no se había entrado en contacto con el enemigo, se deslizaba tranquilamente, sin más obstáculos que la escasez del rancho, ya que previsoriamente éste se racionaba con cierta parquedad.

Uno de los marineros, al ver pasar al ranchero, le preguntó con gran interés:

—Oye, ¿qué tenemos para comer hoy?

El cocinero, que sabía que era un glotón aquel individuo, le contestó:

—Tiburón con salsa de avellanas.

Mientras tanto, el rival del cabo de cañón, comprendiendo que había obrado malamente el día que volvió a ver a Grete, quería dar una explicación a su superior y fué a buscarlo para decirle:

—Cabo, quisiera hablarle.

El cabo lo miró fijamente, sin responderle y el marino siguió diciéndole:

—Si yo hubiera sabido lo que pasaba, no hubiera hablado así..., pero estaba borracho y no supe lo que hacía... Perdóneme mi indiscreción.

Mas el cabo, sin admitir excusa alguna y acordándose de su grado superior al de su rival, le respondió:

—Vaya usted a formar inmediatamente.

—Es que yo querría decirle que...

El cabo le atajó violentamente, diciéndole:

—¡Lo he dicho que a formar!

El otro, sin atreverse a responderle, fué inmediatamente a la fila, que ya había formada para recoger el rancho, mientras que el comandante hablaba con su ayudante y le decía:

—Estamos cerca de la isla de Simololier y sería un buen refugio para descansar unos días y además cargar carbón.

—También lo creo yo así.

Durante algunos días permanecieron en el

puerto de aquella isla y, mientras duró el descanso, la marinería se dedicó a descansar, organizando matches de boxeos y otras diversiones. Aquello no parecía la guerra, más pronto toda aquella tranquilidad tenía que verse trastornada y pronto Alemania empezó a darse cuenta de que contra ella iba levantándose toda Europa.

El mismo día en que el comandante del Emden se preparaba para hacer carbón, apareció un bote que se iba acercando al barco y el oficial de guardia fue en busca del comandante para decirle:

—Una lancha del gobierno holandés se acerca.

El comandante comprendió en seguida cuál sería el objeto de aquella visita y le dijo a su oficial.

—Sospecho que no nos dejarán abastecernos de carbón.

—¿No es Holanda un país neutral?—preguntó el oficial.

—Precisamente por eso no nos dejará. Querrá evitarse reclamaciones enojosas. Ya lo verá usted.

Y la sospecha del comandante quedó confirmada al subir el representante del gobierno holandés al barco y decirle:

—Señor, lamento mucho la misión que me trae, pero he de decirle que la estancia de su barco en aguas holandesas debe ser lo más breve posible.

El comandante, guardando todas las consideraciones que debía al representante holandés, le contestó:

—No comprendo el motivo de ese deseo tan injustificado.

—Lo comprenderá en cuanto le diga de que Holanda quiere a toda costa guardar una absoluta neutralidad.

—Está bien — respondió el comandante de Emden —. Vuestro deseo será cumplido hoy mismo.

Se estrecharon las manos en señal de amistad y el representante del gobierno holandés volvió a salir del bote de guerra después de cumplir su misión.

SEGUNDA PARTE

Tal como había prometido el comandante, aquel mismo día salieron del puerto holandés y Emden empezó su vida aventurera que tantos honores debía merecer para su comandante, quien escribió en las páginas de la historia de su país, hechos de una heroicidad inconcebible.

Algunos días después, el buque nave iba por aguas del Océano Indico, teatro de futu-

res acontecimientos. Navegaba el buque a pequeña velocidad, temiendo ser sorprendido por la escuadra enemiga, cuando de pronto el vigía dió la voz de alerta exclamando:

—Hacia adelante, lado estribor, columna de humo.

La orden fué transmitida inmediatamente al comandante y éste subió inmediatamente al puente de mando para precisar qué clase de buque es el que tenían a la vista.

A los pocos minutos pudo distinguir perfectamente que se trataba de un barco de pabellón neutral, pero que servía para suministrar víveres a los aliados y ordenó:

—Pongan el buque en orden de combate.

La orden fué cumplida matemáticamente y, cuando cada hombre estuvo en su puesto, volvió a ordenar el comandante:

—Máquinas a toda velocidad!

El Emden avanzó rápidamente hacia el barco que tenía a la vista y, cuando estuvo a una distancia prudencial, volvió a ordenar:

—Disparen el tiro de alarma.

Se oyó el estruendo de un cañonazo que cayó cerca del otro buque, pero éste, en vez de parar, forzó la marcha y entonces el comandante volvió a ordenar, por medio del teléfono que tenía a su mano:

—Disparen el segundo cañón, dirección 90 grados, ante la proa del vapor.

Se hizo fuego y el capitán del barco contrario, al ver que no tenía escapatoria posible

y pensando en los pasajeros y tripulación que llevaba a bordo, dió orden de parar y poner la señal de que obedecía.

Inmediatamente se destacó una lancha del buque de guerra y arribó al lado del barco contrario. Sobre la cubierta de éste se hallaban reunidos todos los pasajeros y en sus rostros se dibujaba el más terrible espanto, creyendo que iban a ser torpedos.

Los gritos eran atrozadores cuando el oficial del Emden subió a bordo y, al darse cuenta del espanto de aquella gente, intentó tranquilizarlos diciéndoles:

—Señores, no hay que alarmarse... No sucederá nada. Que el pasaje y la tripulación lleven sus equipajes al barco que nos acompaña.

Rápidamente se arrojaron los botes para que los pasajeros pudieran trasbordar al "Markonia" y, cuando ya todo el mundo estuvo a salvo y el capitán del barco a bordo del buque de guerra, el comandante le dijo:

—Lamento mucho veros obligado a hundir su barco, pero no tengo más remedio.

El capitán, comprendiendo la razón que tenía el comandante del buque de guerra, calló sin atreverse a responder y poco después el navío que había sido apresado, se hundía rápidamente en las tranquilas aguas del Océano.

El Emden, con todos los pasajeros que habían sido apresados en el buque, se trasladó

a un puerto neutral donde los desembarcó para que pudiera cada uno seguir la ruta que mejor les pareciese, librándose de aquella forma de un cargamento inútil.

Hecho esto, volvió nuevamente a hacerse a la mar y, apenas alcanzó las aguas de altura, el vigía volvió a anunciar la presencia de otro barco, diciendo:

— ¡Vapor a la vista!

Se hizo el disparo de alarma y el barco paró en seco, sin hacer la menor resistencia.

Otra vez fué el oficial ayudante el encargado de trasladarse al barco apresado y, al subir, preguntó a uno de los marineros:

— ¿El capitán?

— Está en el puente — le respondió el marino:

Subió al puente el oficial y, al ver a un hombre en él, le preguntó:

— ¿Es usted el capitán del barco?

— El mismo — respondió el otro —. Aquí tiene la documentación.

El oficial cogió el "rol" del barco y leyó una de las partidas que figuraban en él y que decía:

— Carga: 6.600 toneladas de carbón...

Devolvió el rol y, mirando fijamente al capitán, le dijo:

— ¡Qué amable son ustedes!

— Comuniquen con el Emden — ordenó el oficial a uno de los marinos que había ido con él — de que el barco es inglés y lleva

6.600 toneladas de carbón con destino al Almirantazgo inglés, en Hongkong.

Desde el barco de guerra se dió la orden de detención del buque inglés y todo el pasaje de éste fué trasladado al "Markomania", obligando al otro navio a que los siguiera como barco de aprovisionamiento de carbón.

En poder de aquel nuevo barco, el comandante del Emden dió orden de que el "Markomania" fuera hacia un puerto alemán, llevando consigo todas las cartas de los marinos y los documentos oficiales que habían de ser entregados al almirantazgo alemán.

TERCERA PARTE

Uno de los inconvenientes más difíciles de vencer, lo tenía ya resuelto el Emden. El aprovisionamiento de carbón era algo que impedía a la escuadra alemana poderse mover a su voluntad y muchas veces tenía que someterse a las exigencias de las circunstancias y volver a los puertos alemanes solamente para aprovisionarse del combustible necesario. Con el aprovisionamiento de aquel barco, el Emden tenía asegurado el barco durante bastante tiempo.



- La entrada al puerto es muy angosta.

Las hazañas del Emden empezaron ya a hacerse célebres y todo el mundo hablaba de aquel buque como si hablasen de un fantasma. Se aparecía donde menos se le esperaba y su comandante se había dado tal maña en desfigurar a su buque, que casi nunca tenía el mismo aspecto. Unas veces aparecía con tres chimeneas, otras con dos y hasta con una, haciendo imposible la identificación desde lejos del barco.

Mas el arroyo del comandante no tenía li-

mites y continuamente soñaba con nuevas hazañas a cuá más peligrosa y temeraria.

Quería el comandante dar un golpe que desmoralizara toda la escuadra enemiga del Océano Indico y para ello pensó en atacar uno de los puertos que servían de base naval. La acción no podía ser más atrevida, ni más expuesta, pero el comandante fiaba en su fortuna y en su gente, y reunió a los oficiales diciéndoles, dándoles cuenta de sus propósitos y diciéndoles al final:

—La entrada al puerto es muy angosta, pero si vencemos, el prestigio del enemigo en el Indico sufrirá un rudo golpe.

Puede estar seguro de que venceremos— respondieron los oficiales, confiando elegantemente en la pericia de su comandante.

Y mientras que el Emden esperaba las sombras de la noche para atacar el puerto, el jefe de éste y varios oficiales, confiados en que ningún peligro los amargaba, se fueron aquella noche a un café cantante. Las calles eran angostas y apenas había luces, para evitar que los aeroplanos enemigos pudieran atacar, y esto hacía que los oficiales, al recorrerla, parecieran sombras que se deslizaban.

Al pasar por una de las casas, un oficial llamó la atención de su jefe, diciéndole:

—Capitán, esta es la casa de la japonesita.

—No quiero gatitas amarillas — respondió al capitán —. Son muy aburridas. Vamos

a casa de madame Dolore, a ver a Aliuschka. Ella nos cantará una canción rusa.

Minutos después llegaron a la casa que había dicho el capitán, y el ama, al abrirlos, les preguntó:

—¿Qué ocurre?... ¡Ah, son ustedes!... ¡Qué alegría, señores!

—¿Está Aliuschka? — preguntó el capitán —. Quiero que cante.

—Ella descansando — respondió el ama. —¿Queréis que la levante?

—Claro que sí — respondió el capitán.

Y siguiendo los deseos de éste, la pobre muchacha tuvo que bajar al salón donde se encontraban los oficiales, y bailar y cantar ante ellos, mientras que algunos, sin apreciar el valor de su voz, se dedicaban a abrazar a otras mujeres.

Mientras ellos se divertían alegremente, en el Emden se daban las órdenes necesarias para el ataque y su comandante decía:

—Que se apaguen todas las luces del barco. — Y mirando hacia una sombra que se dibujaba entre las aguas exclamó:

Allí parece haber un crucero enemigo. Que preparen los tubos de los torpedos.

Segundos después de haber dado esta orden, los encargados de los tubos respondían que ya estaba cumplida y el comandante ordenó nuevamente:

—¡Abran las compuertas!

Poco después, todo estaba de acuerdo con



—...la pobre muchacha tuvo que bailar y cantar.

las órdenes del comandante y el Emden, deslizándose quedamente por las aguas del puerto, entró dentro de él sin que nadie pudiera advertir su presencia.

—Parar las máquinas — ordenó el comandante —. Hay que evitar todo ruido.

Se hizo así y el buque siguió lentamente impulsado por la marcha que hasta entonces traía, hasta buscar un sitio a propósito. Una vez en buena disposición, ordenó:

—Los torpedos fuego contra los barcos... La artillería fuego contra el fuerte.

Resonaron los disparos con una rapidez asombrosa y algunos barcos, heridos de muerte por los torpedos del Emden, empezaron a cabezar como indicando que había llegado su fin. En el fuerte también se advirtieron los efectos del cañoneo y, antes de que el Emden pudiera ser atacado por el enemigo, el comandante del barco ordenó:

—¡Alto de fuego!... Las máquinas a toda velocidad!

Y lo mismo que entraron, volvieron a salir, sin que fueran molestados por la guarnición del puerto, que, desmoralizada ante aquel imprevisto ataque, no podía comprender cómo el enemigo pudiera haber cometido la locura de entrar en el puerto.

CUARTA PARTE

Aquella nueva hazaña del Emden produjo verdadero estupor entre la armada enemiga. Aquel hecho llegaba ya a lo imposible y los barcos de guerra contrarios recibieron orden de perseguir continuamente al Emden, fuese donde fuese. Se reconocía mundialmente el arrojo del comandante del barco y se temía a cada momento la presencia del Emden o de alguna de sus terribles hazañas.

El comandante del navío tuvo noticias de la persecución de que era objeto y, para evitarla, pensó en destruir la estación radiotelegráfica de la isla de los Cocos, única que podía dar cuenta a los enemigos de la presencia del Emden por aquellas aguas. Con este fin se encaminó hacia aquel paraje diciéndoles a su oficialidad:

—Si lo de la estación radiotelegráfica de la isla de los Cocos se logra, nuestros enemigos no podrán seguirnos, ya que las oficinas de información no funcionarán y no podrán comunicar con Inglaterra.

Y decidido a llevar a la práctica su idea, se acercó a la isla de los Cocos, para atacar a la estación radiotelegráfica.

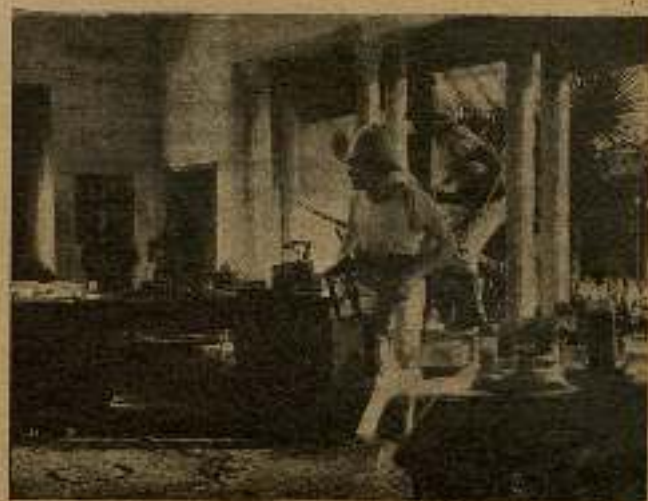
Ancló cerca de ella y ordenó:

—¡El pelotón de desembarque preparado!

Cuando ya estuvo éste formado, le dijo al jefe de él,

—Hay que destruir la estación radiotelegráfica. Si en la isla encontrasen resistencia, regresen inmediatamente, que la artillería se ocupará de destruirla. ¡En marcha!

La pequeña columna de desembarque se acercó a la playa, pero el Emden había sido visto por los radiotelegrafistas, que antes de que pudiera llegar el destacamento de desembarque, telegrafaron con el Boreisk, el primer barco que encontraron inglés, dándole cuenta de que el Emden había llegado a la isla.



El destacamento había logrado apoderarse de la estación.

Por más que el comandante del barco inglés quiso informarse de la situación del buque enemigo, la estación radiotelegráfica no volvió a contestarle y sospechó que algo anormal ocurría.

En efecto, el destacamento había logrado apoderarse de la estación y la había destruido para de aquella manera evitar que pudieran dar la voz de alarma, pero ninguno sospechó de que ya se hubiera dado la señal de que el Emden navegaba por aquellas aguas.

Pero el Buresk, que comunicó su situación al Almirantazgo inglés, también fue víctima del Emden, con lo que aumentó la necesidad de apoderarse o destruir al Emden, aquel fantasma de los mares, que parecía ser invencible.

Los buques más rápidos salieron en busca del acorazado enemigo y al fin dió con el Emden uno de los barcos más rápidos de la flota inglesa.

—Cuando lo divisaron, el capitán del barco inglés exclamó, convencido de su superioridad:

—Mala suerte para él y buena para nosotros.

En el Emden todo el mundo estaba en disposición de combate y el marinero que no había convencido al cabo para que lo perdonase, temiendo que aquel día la cosa no se presentaba tan favorable como otras veces, se acercó a él y le dijo:

—Cabo, la cosa se pone fea... Como no sabemos lo que pasará, quisiera que aquella cuestión...

—El cabo le puso una mano sobre el hombro y le respondió, haciendo un esfuerzo:

—Ya está olvidada... Ahora valor y adelante!

El comandante del Emden desde su puesto y teniendo al lado a su ayudante para ir transmitiendo sus órdenes, exclamó:

—Media mar hacia adelante.

El buque avanzó hacia el sitio indicado y el jefe volvió a ordenar:

—Que empiece el fuego. ¡Cañones de estribor a 95 grados sobre crucero enemigo!

Desde aquel momento comenzó una lucha mortal. Los dos barcos parecían volcanes que arrojaban metralla por todas partes y el Emden empezó a sentir los efectos de aquel cañoneo. El buque enemigo, más rápido que él, podía maniobrar con más libertad y hacía blanco con una precisión desconcertante. Empezaron las grandas a barrer los puentes de artillerías y la cubierta, pero ni uno solo de sus servidores abandonó su puesto.

Cada vez el Emden sentía con más intensidad el fuego enemigo y veía cómo sus baterías y tubos de torpedos se inutilizaban. Algunos departamentos se llenaban de agua y los marineros tenían que huir auxiliados por sus compañeros.

Los hechos de heroicidad se sucedían magníficamente, sin que nadie les diera importancia. El telégrafo se había roto y había que comunicar las órdenes a viva voz.

El cabo de cañón recibió una herida en el pecho y otra en el brazo, pero se mantuvo en su puesto y con el brazo que le quedaba útil, siguió cargando su pieza y disparando. Era el único hombre que había quedado en ella y no la quería abandonar mientras tuviera un poco de vida.

Su antiguo rival se acercó a él y, al verlo, le dijo:

—¿Pero por qué no va usted a que le curen?

El mismo lo llevó a la enfermería y, al dejarlo allí, comprendió que la vida del cabo llegaba a su fin. El pobre suspiró con tristeza y exclamó:

—¡Mi querida Geste! —Y volviéndose al que había sido su rival, le dijo:

—¡No la abandone... Esto se ha terminado!

Dobló la cabeza y quedó muerto en el acto, sin que nunca pudiera saberse el sacrificio de aquella vida.

Nada funcionaba ya en el Emden, que seguía resistiendo con una tenacidad temeraria. Hasta que finalmente su comandante comprendió que ya era imposible la resistencia. Sus piezas de artillería no funcionaban ni una sola y el barco se iba hundiendo lentamente. En aquella situación ordenó se prendiera fuego al buque que llevaban tras ellos con el carbón y ordenó a la marinería:

—¡La tripulación a los botes!... ¡Están bombardeando a un cadáver!

Pero así y todo, el Emden no arriaba su bandera de combate. Había cesado el fuego y el capitán del barco inglés le dijo al telegrafista:

—¡Hágale usted señas para que arrien la bandera de combate.

Cumplió el marino la orden y le contestó:

— Dicen que no tienen libro de señales.

— Lo que pasa es que esos no arrian la bandera aunque los achicharren.

Y al ver que algunas lanchas empezaban a dirigirse a ellos, ordenó:

— Preparen alojamiento para los que vienen a bordo.

Poco después fueron llegando los heridos y a continuación la tripulación del Emden. El último en llegar fue el comandante del buque destruido, quien, al enfrentarse con el capitán inglés, le saludó militarmente y le dijo:

— ¡A su disposición!

Inmediatamente, sintiendo que las lágrimas le cubrían los ojos, se quitó la espada y fué a entregársela al capitán enemigo. Este la rechazó dignamente y le dijo:

— Su Majestad el Rey de Inglaterra ha ordenado que no se le despoje de sus armas. Los valientes merecen todos los respetos.

El comandante del Emden saludó militarmente, dando las gracias y se volvió hacia donde estaba en barco, aquel fantasma que tanto terror había infundido al enemigo, y que lentamente se iba ocultando en las aguas del Océano, como si buscara un reposo a la vida aventurera que hasta entonces había llevado.

FIN

Noticiario

La grandiosa productora americana RADIO FILMS, S. A. E., presentará en breve la adaptación al film sonoro de la enorme cinta EL REY DE REYES.

Marlene Dietrich la mundanal vampíresa, ha terminado otro film para Paramount, si bien el título no está en firme, pues va son tres las veces que ha sido cambiado. El último, y que parece definitivo, es "Tu nombre es tentación", y en inglés se llamará "El diablo es mujer".

Jean Harlow ha encontrado su tercer millonario. ¡Vaya colección!... Este ha sido el último film de la inquietante rubia platino, pues el pobre William Powell tiene sus cuentas amorosas liquidadas con esta famosa artista.

Cecil B. de Mille quiere que cada actor de los que han de intervenir en "Las Cruzadas" sea del mismo país que el personaje que ha de interpretar.

Ha encontrado ya al inglés Henry Wilton para encarnar Ricardo, "Corazón de León".

La última plancha de Mary Pickford, no es una plancha, es una apisonadora.

— ¿Prepara usted alguna cosa? — le pregunta Mary a su director inglés.

— Sí, me voy dentro de unos días a Londres, donde me han prometido realizar una obra de un gran novelista británico.

— ¿Quién?

— Dickens.

— Ah! Lo conozco. Cenamos juntos la última vez que estuve allí.

LA PRODUCCION NACIONAL

VIDAS ROTAS: es inminente el estreno de este grandioso film, todo emoción y sacrificio del amor maternal, para el que se augura un clamoroso y merecido exitazo.

* * *

IBERICA FILMS ha comenzado una nueva producción de asunto cómico, cuyo protagonista es el popular artista **CASIMIRO ORTAS**.

* * *

El estreno de "**PATRICIO MIRO UNA ESTRELLA**", ha constituido un éxito, destacándose la interpretación que del primer personaje hace el simpático actor **Antonio VICO**. Nuestras felicitaciones a la casa productora **BALESTEROS TONA FILMS** y a la distribuidora **ATLANTIC FILMS**.

* * *

DOCE HOMBRES Y UNA MUJER también se estrenará en breve, y es grande el interés que ha despertado dicho estreno, tanto para admirar la primera producción que presenta **STAR FILMS**, como para juzgar la trama de dicha película, cuya autora es la delicada y famosa **ROSARIO PL**, como asimismo para deleitarnos con el arte mágico y elegante de la genial actriz **IRENE LOPEZ-HERREDIA**.

* * *

La nueva productora **INCA FILMS** en vista del éxito de su primera producción **VIDAS ROTAS** basada en la novela "El jalón" de la célebre literata **CONCITA ESPINA**, está en los comienzos de filmar otra nueva película, cuyo título y nombre de los protagonistas publicaremos en un próximo número.



NIÑOS!!

Vuestra lectura
predilecta será

Biblioteca de aventuras Mickey

Libros profusamente ilus-
trados, con dibujos inéditos,
por su mismo creador

Walt Disney

Recomendable y amena
traducción de

M.^a Luz Morales

Dos historietas en cada libro

Precio de cada ejemplar:

1'50 pesetas

Tomo primero:

Mickey y su jazz
Mickey bombero

Tomo segundo:

Mickey cazador
Mickey taxista



PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS". Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del im-
porte en sellos de correo. Remitan cinco réclamos para el certificado.
Franqueo gratis.

Propaganda